Fijar el amor

Nadie entraba a esa casa, pero ella seguía habitándola.
Era una estructura vencida por los años, con el techo a punto de ceder y las paredes escasas de pintura. Sin embargo, en el jardín, el arbusto más resistente —una maraña de ramas que alguna vez fue un ciruelo— persistía con una obstinación parecida a la suya.
Allí colgaban las bolsas.

No era fácil comprender por qué. Pero tampoco hacía falta.

Todo comenzó cuando murió el primero: un gatico que aún no abría los ojos. La madre lo rechazó, lo apartó del resto. Ella, que desde pequeña hablaba con los animales como si fueran sus hijos, lo recogió con cuidado, lo envolvió en una bolsa plástica transparente y pensó: “voy a tirarlo después, cuando esté lista”.
Pero lo olvidó colgado de la rama.

Semanas después lo encontró intacto, como dormido, reseco por el calor. Había adquirido una forma quieta, preciosa. Inerte, sí, pero no degradado. No lo bajó. Le pareció cruel deshacer lo que el tiempo había hecho sin pudrirlo. Le rezó a San Francisco de Asís. Le pidió disculpas.

Tiempo después murió otro. Esta vez no quiso enterrarlo ni arrojarlo a la basura. Le pareció injusto. Si el primero seguía ahí, momificado por el aire y el olvido, ¿por qué no darle compañía? Lo colgó en la misma rama.

Y así siguió.

Nadie sabía cuántos había ya. Pero algunos vecinos que alcanzaban a ver desde la verja decían que eran al menos siete, tal vez más.
Dos de ellos eran grandes, casi adultos. Parecían flotar. Las bolsas, con los días, se habían vuelto un foco que tintineaba con el viento. La escena era perturbadora y, al mismo tiempo, extrañamente tierna.

Un día apareció una gata con una pata casi en el hueso, como si la carne se hubiera rendido y apenas quedaran hilos que sostenían la piel. El hueso blanquecino asomaba entre jirones oscuros, y cada movimiento parecía un recordatorio del golpe brutal que había recibido, quizá bajo las ruedas de un coche. Nadie sabía de dónde había salido ni cómo había logrado llegar hasta

allí, pero comenzó a dormir bajo el árbol. No huía, no se quejaba. Descansaba como si ya conociera el sitio, como si la atrajera esa colección silenciosa de cuerpos detenidos.
La mujer la cuidaba, pero no la tocaba mucho. Le dejaba comida, le hablaba bajito, le puso nombre: Lucy.
Le rezaba a San Francisco y le contaba lo que hacía:
—No es locura, es amor.

Y una noche, con Lucy echada junto al arbusto, rezó en voz alta por primera vez:

> “Padre Celestial, te pedimos por la salud de Lucy.
Te rogamos que extiendas tu mano sanadora sobre ella
y le devuelvas la salud. Concédele alivio del dolor y fortaleza.
Que tu amor y paz la rodeen en este momento.”

No era taxidermia. Era otra cosa.
Fijar el amor: impedir que el afecto cayera en el desinterés del mundo.
Los árboles, en ciertas culturas, son puentes: raíces al inframundo y ramas al cielo. Los gatos, guardianes de umbrales, testigos de lo que el ojo humano no ve.
Ella había juntado esas creencias sin saberlo.
Había creado su pequeño altar viviente a la memoria de los que no duraron.
Y aunque nadie lo entendiera, ella sí.

Y recordaba.

Los siete tenían nombre. Uno por uno, como si aún caminaran por la casa:

Niebla fue el primero. Un recién nacido. Apenas respiró unas horas. Tan pequeño que parecía una sombra de lo que iba a ser. Nunca maulló, pero se quedó grabado en su memoria como una presencia callada. Lo encontró separado del resto, tibio aún. Desde entonces empezó todo.

Tigre era rayado y terco. Trepaba por los muebles, arañaba las cortinas, se escondía dentro del sofá. Murió envenenado por accidente. Comió algo que no debía. Cuando lo halló, sus ojos estaban abiertos, como si todavía la buscara.

Sombra era hembra, toda negra, sin una sola mancha. La recogió en una bolsa de basura una noche de lluvia, apenas con vida. La llevó a casa, le dio calor,

pero no fue suficiente. Murió en sus brazos. La enterró, pero luego la desenterró. Quería tenerla cerca.

Piquito tenía una mancha blanca en la nariz, como si le hubiesen puesto un dedo con pintura. Era juguetón, cariñoso, dormía sobre sus pies. Murió en silencio una noche larga, de alguna enfermedad que nadie supo diagnosticar.

Chispa era el más inquieto. Mordía cables, se escondía dentro del horno apagado, perseguía luces que no existían. Un día no volvió. Lo encontró en el jardín, tieso, con la boca abierta. Pensó que quizá un infarto o una mordida.

Luzbel era el más grande, el más fuerte, el que parecía sobrevivirlo todo. Pero cayó del muro y se partió algo por dentro. Ella no supo qué hacer. Lo vio apagarse sin remedio, con la mirada fija en el cielo.

Clara era nueva. Llegó preñada, dio a luz a cuatro y solo uno sobrevivió, pero no duró mucho: se quedó a medio camino. Después de eso, Clara se fue apagando, como si ya hubiera cumplido. No tenía fuerzas ni para maullar. Murió sobre un cojín rojo que había escogido.

Albuterol

Lo llevaron jadeando a la clínica 5 de Julio, en el centro de Valencia. Le pusieron oxígeno y lo dejaron quieto bajo observación. Respiraba como si un animal invisible le apretara el pecho con las garras. No hablaba, no lloraba. Solo miraba el techo, consciente de que el aire era un privilegio que otros desperdiciaban.

El padre, dominado por el miedo, cerraba las ventanas pese al calor sofocante de 32 grados. Temía el polvo, el viento; cualquier enemigo invisible lo aterraba.

Pasaron médicos y dietas que prohibían casi todo: lácteos, mariscos, frutas ácidas. Su cuerpo se volvió un campo minado. Hasta que llegó el doctor Marqués con un inhalador en la mano y lo introdujo en su boca. Una absorción. Dos. Tres. Cada cuarto de hora.

En las peores crisis, soñaba que era estrangulado por un gigante. Otras veces, sentía que su propio tórax se convertía en una jaula de hierro que se cerraba lentamente, costilla por costilla, hasta aplastarlo. Y dentro de esos sueños aparecían ventiladores, relojes, compresores. Medían cuánto podía resistir cuando la falta de aire apagaba, por segundos, el pulso de su corazón.

Quizás el asma era eso: una bestia silenciosa que acecha sin ruido. Cada inhalación, una tregua; cada exhalación, un riesgo. Respirar se volvió una guerra.

**
Los síntomas, cuando llegan, no se anuncian con tos ni con fiebre, sino con un zarpazo interno: los conductos nasales se cierran de golpe y siente que el pulmón se desgarra como un músculo que se revienta desde dentro. El cuerpo entero se tensa, los labios se ponen morados, los ojos se abren buscando oxígeno.

Ante el miedo, una enfermera le arranca la mascarilla por un segundo, como si el aire del cuarto fuera más confiable que el del tanque. El médico lo mira fijo, firme, repitiéndole que está bien, que respire, que lo haga por su cuenta. Pero el aire no entra; es como si el pecho se hubiera sellado con un candado. Y vuelve a repetir: respira.

Y respira sin pulmones, solo con la memoria de lo que alguna vez fue...

La primera crisis duró tres minutos que se sintieron eternos. Entre la lucidez y la confusión surgió un recuerdo antiguo: el vientre materno, no como consuelo, sino como referencia de un espacio que llegaba sin esfuerzo.

La segunda crisis se extendió un minuto más. El calor y la humedad del cuarto se sentían sólidos. Sudor frío. Hormigueos. Los pitidos del monitor se hicieron insistentes. Todo se plegaba en un presente donde la sensación de peligro era absoluta.

La tercera crisis sobrepasó el límite de los seis minutos. Y vio la mano de su padre salir del limbo...

Todo era un clic de apagado hacia otra forma de silencio, un lugar donde las mediciones giraban con calma, indiferentes, mientras él seguía vivo, temblando, respirando.

Y entonces... una voz entró como un taladro en su oreja:

Al llegar al final... no caerás ni ascenderás.
Solo darás un paso.
Tu cuerpo quedará quieto, pero tu memoria se abrirá en fragmentos.
Tu tiempo se deshará como polvo.
Cada inhalación te recordará:
la muerte no termina nada; es solo una cámara donde te miras desde afuera... frío, distante, eterno.

Estos textos forman parte del libro inédito "Infantil ⊠".

Juan Carlos Vásquez (Valencia, Venezuela) es autor de Pedazos de familia, Ward's Island: El lado oculto de Nueva York, Colapso. Poesía reunida y Crónicas por Barcelona (Araña Editorial, 2024, Valencia, España).
Ha publicado en revistas y plataformas literarias de Europa y América como Barcelona Review, Canibaal, Nagari Magazine, Baquiana, Extrañas Noches, Letralia, Margen Cero y Primera Página.
Su obra figura en antologías internacionales —entre ellas The World's Greatest Letters 2021— y en proyectos artísticos como Mirages from an Unreal World (EE. UU.).
Administrador del archivo literario HD Kaos, ha recibido reconocimientos del Premio Nosside (Italia) y fue finalista del concurso de microrrelato Guka (Buenos Aires).
Mantiene inéditos el libro de relatos Infantil☒ y el poemario De vuelta a casa, Anatomía de un reencuentro.
Ha vivido en varias ciudades de EE. UU. y España.
Web: https://linktr.ee/juancarlosvasquez
E-mail: jcvasquezf@gmail.com